

La historia de Ana: narrativa sobre el trabajo de una minadora de basura

Ana's story: narrative about the work of a garbage miner

CATALINA RIVADENEIRA SUÁREZ¹

Universidad de las Américas. Quito-Ecuador
lucia.rivadeneira@udla.edu.ec

PATRICIO TRUJILLO MONTALVO²

Pontificia Universidad Católica del Ecuador
pstrujillo@puce.edu.ec

Recibido: 29 de marzo de 2022

Aceptado: 30 de abril de 2022

Resumen

La palabra “minadora” es una categoría “nativa”, puesto que no ha sido elaborada teóricamente por “expertos”, sino que proviene del habla común. En la ciudad de Quito las minadoras son personas que transforman lo que para el común es desperdicio o basura. Trabajan con el desecho, lo huelen, lo palpan, se contaminan con los líquidos producidos por su descomposición, es esa materialidad la que marca su ser y sus experiencias de vida. Utilizando la etnografía de narrativas este artículo explora las rutinas de trabajo desplegado por las minadoras, analiza sus relatos convertidos en sus formas de expresar su vida, las relaciones existenciales frente al desecho, la basura, los ambientes hostiles, violentos y de desigualdad social en los que viven y recrean su identidad.

Palabras clave: minadora, trabajo con basura, etnografía, identidad

Abstract

The word “miner” is a “native” category, since it has not been theoretically elaborated by “experts”, but comes from common speech. In the city of Quito the miners are people who transform what for the common is waste or garbage. They work with waste, smell it, feel it, get contaminated with the liquids produced by its decomposition, it is this materiality that marks their being and their life experiences. Using the ethnography of everyday life, this article explores the work routines deployed by the miners, analyzes their narratives turned into their ways of expressing their life, in their existence in the face of waste, garbage, hostile, violent and social inequality environments in those who live and recreate their identity

Keywords: miners people, garbage work, ethnography, identity

1 Phd en Ciencias sociales. Profesora Universidad de las Américas. Quito-Ecuador (lcrivadeneira@udla.edu.ec)

2 Phd en Ciencias Sociales. Profesor Pontificia Universidad Católica del Ecuador (pstrujillouce.edu.ec)

1. Introducción

Las minadoras se movilizan por amplios sectores buscando materiales reciclables entre fundas y contenedores de basura ubicados en las calles y plazas de la ciudad, aunque también recogen objetos que para ellas tienen valor de uso que soportan su sobrevivencia, como alimentos desechados. En otros casos, algunas de ellas acuden a buscar los materiales en las estaciones de transferencia de basura o escombreras ubicadas en distintas partes de la ciudad.

La relación minadoras-trabajo se produce en un contexto en el que las formas de acumulación del capitalismo global configuran entornos de alta explotación y precariedad laboral. Trabajan con objetos cuyo sentido ha caído y, por lo tanto, dejan de “ser” algo concreto y son parte del genérico “basura” que ofende, que avergüenza el orden que le damos a las cosas del mundo.

Para las minadoras, sus únicos instrumentos de trabajo son sus manos desnudas con las que hurgan en la basura y sus espaldas, en las que cargan los objetos encontrados. Las minadoras transforman lo que para el común es basura en objetos que aún conservan valor sin tener que pagar por ellos, allí radica su principal estrategia económica. Trabajan con el desecho, lo huelen, lo palpan, se contaminan con los líquidos producidos por su descomposición, en fin, con una materialidad que marca su ser y sus experiencias de vida. En medio de la basura y de malos olores, las minadoras dan sentido a sus vidas en un mundo en el que el trabajo se ha convertido en uno de los ejes sobre los que se estructuran sus relaciones materiales y simbólicas (Millar, 2018; Kilanski y Auyero, 2015; Schamber, 2008; Vara, 2006).

2. Metodología: etnografía y narrativa

Un amplio grupo de personas sobreviven de su trabajo con el desecho producido por los consumidores de la ciudad de Quito. A estas personas se las llama localmente, “minadoras”, esta palabra es una categoría “nativa”, en la tradición etnográfica estas no son elaboradas teóricamente por “expertos”, sino que proviene del habla común de la gente, en el caso de las minadoras que trabajan en la ciudad de Quito, proviene de las regiones de la serranía ecuatoriana en general y se relaciona al tipo de trabajo que ellas realizan, pues, son, en su mayoría mujeres, que, al igual que los mineros transforman el filón en oro, convierten lo que para otros es basura en materiales reciclables.

Este artículo, presenta la etnografía de una minadora, sus narraciones de vida que permitió conocer espacios subjetivos, íntimos que describen su mundo social y los eventos que han construido su identidad y su ser. El análisis etnográfico se concentra en las narrativas de una mujer que habita, convive, trabaja con la basura y representa a muchas más que realizan esta actividad en la ciudad de Quito. Nos preguntamos, ¿cómo construye sus sentidos de pertenencia e identidad en medio de la basura, del desecho?

Según Jackson (2013) las narrativas se convierten en experiencias de carácter discursivo, por lo que adquieren un papel central, entendidas como situaciones y experiencias vividas por individuos. Son en cierto sentido no verdaderas, pues ellas arreglan y transforman nuestras experiencias. Estos arreglos sirven a diferentes intereses y pueden: “transformar nuestras experiencias, remover nuestras emociones y facilitar la acción sin la mediación del pensamiento conceptual y en oposición a las narrativas oficiales” (Jackson, 2013, p.14). Existe un poder creativo en las narraciones que se desenvuelve en el espacio de lo público, es allí donde se objetivan y se hacen inteligibles a los demás. Mediante las narraciones no solo se está dando voz a lo que está

en nuestra mente o a los propios intereses, sino que se está objetivando la experiencia, se la está haciendo observable, audible a los otros y de esta manera se pone de manifiesto lo que tenemos en común con los demás: “No sólo “quién” pensamos que somos sino “qué” circunstancias compartidas soportamos sobre nuestras vidas y nuestro destino” (Jackson, 2013, pp. 15-16). Los seres humanos necesitamos crear sentidos de pertenencia:

“Pertener es, por lo tanto, creer que el ser está integrado y es parte integrante de un campo más amplio del ser, que la propia vida se funde con las vidas de otros-predecesores, sucesores, contemporáneos y consocios, así como los mundos superpuestos de la naturaleza, el cosmos y lo divino” (Jackson, 2013, p. 32).

3. Ana: narrativa de vida y la creación de su ser

Las narraciones ponen de manifiesto las identidades, esa necesidad de pertenecer a una comunidad, a un grupo social, a la sociedad en general, es así que los relatos muestran las continuas producciones de experiencias que pueden ser vistas como agencia, como actos de lucha, pero de una “lucha por el ser”.

El interés por entender quiénes son las minadoras, fue en un primer momento personal. Habito en un barrio del Centro Histórico de Quito, llamado América, es la frontera entre la ciudad colonial y el moderno norte, es también conocido como el “barrio de las imprentas”, pues aloja a cerca de 700 locales dedicados a la industria gráfica. Hace más de 40 años se instaló la primera imprenta en el barrio, a partir de entonces, la actividad se apoderó de él convirtiéndolo en un sitio de intenso movimiento económico (Rosero, 2014). Para las minadoras es especialmente atractivo, pues, durante los días y horarios de recolección de basura dispuesto por el sistema de gestión de residuos sólidos de la ciudad, este barrio puede convertirse en una auténtica “mina” en las que los residuos de papel y cartón son desechados por las imprentas, pero también debido a los desechos de hogares y otros negocios asentados allí. Las minadoras tienen sus territorios dentro del barrio y valoriza los objetos desechados sobre la base de dos sentidos económicos: el valor de cambio de los objetos que puede luego vender como materiales reciclables en el mercado y el valor de uso que puede dar a artículos como ropa o zapatos.

“Un día conocí a Ana, una mujer de aproximadamente 54 años que aceptó de buena gana a mantener una conversa sobre lo que hace, mientras caminábamos por las calles del barrio. En una esquina próxima estaba su hija hurgando en la basura. Ana y su hija son muy hábiles revisando las fundas de basura, apenas las palpaban por fuera y ya sabían si valía o no la pena abrirlas. La pequeña hija de Ana, que nos acompañaba en el recorrido abría con sus manitas las fundas y a veces encontraba pequeños tesoros, ¡una cartuchera! ¡está sanita! dijo. Encontró también un envase de algún dulce con forma de oso y también se lo quedó. La niña se estaba convirtiendo en una experta, “esta funda no la abro porque está babosa”, dijo. Por la forma en la que trabajaban Ana y Andrea se podía notar que tenían mucha experiencia. Ana ha trabajado por más de 40 años minando. Se inició en esta actividad desde muy joven al lado de su madre quien también minaba. Ana, sus hijas/os y nietas/os se han socializado y continúan socializándose en esta actividad, por lo que naturalizan una determinada forma de relación con los desechos que les permite continuar dentro de la actividad del minado y por lo tanto dentro de la cadena del reciclaje” (diario de campo).

El recorrido desde mi casa fue corto. Caminamos buscando materiales por la calle Estados Unidos, subimos por La Habana y llegamos a la Canadá, bajamos luego por la Río de Janeiro hasta el cruce con la Uruguay.

“En la esquina nos esperaba el hijo de Ana que estaba “cuidando el puesto”. El puesto es el lugar escogido para hacer su punto de acopio. Desde allí, Andrea y Ana hacen sus recorridos por las calles recogiendo los materiales. Cuando las cargas están ya demasiado pesadas, vuelven al puesto y descargan, ninguna de las dos mujeres trabaja con carrito o carretillas como otros minadores que recorren el barrio, ellas todo lo cargan en sus espaldas. En el puesto se disponían ya ordenadamente 4 bultos con los cartones, las botellas y los papeles que habían recolectado desde las cinco de la tarde en que empezaba el recorrido. Unos minutos después llegó al lugar un pequeño camión. Conocí, entonces, a Roberto, la persona que compra el material que Ana recoge. Él y otro hombre pesaron los bultos y los arrojaron al camión. Al final de la jornada Ana y Andrea recibieron 6 dólares por su trabajo” (diario de campo).

Las condiciones en las que trabajan las minadoras son muy precarias, pues no cuentan con un espacio físico en el que puedan almacenar los materiales extraídos. Esto hace que se vean obligadas a vender los materiales el mismo día que los recolectan y por lo tanto no pueden acumular volúmenes que les permita mejorar el precio de sus materiales. Tampoco tienen muchas posibilidades de escoger el comprador de sus materiales, pues al no tener un vehículo dependen de un comprador que recoja los materiales en el sitio en donde los acopian momentáneamente. La remuneración recibida por Ana y su familia fue muy baja, considerando que, en este día, trabajaron Ana, su hijo Andy, su hija Andrea y hasta su pequeña nieta. La desigualdad, se expresa aquí, en términos de género y de clase, pero también se expresa en otros factores culturales que podrían ser formulados como una diferencia entre aquellos que botan desechos y otros que viven de ellos.

“Alguna vez le pregunté a Ana si no dudaba del precio que Roberto le ofrecía por los materiales y del peso que supuestamente le mostraba la balanza que él traía, a lo que me contestó que por supuesto que dudaba, pero que trabajaba con él porque era el único que le compraba el material a esa hora de la noche, los otros minadores, casi todos tienen transporte, pero ella se veía obligada a trabajar con Roberto. Ana está consciente de que los compradores pueden alterar las balanzas con las que pesan el material, incluso conoce las técnicas que utilizan para hacerlo, es por ello que casi siempre regatea para obtener un mejor precio por sus materiales. Todos roban me asegura Ana, refiriéndose a los dueños de los depósitos. Ana cuenta que antes entregaba sus materiales en una bodega en el barrio de San Juan, pero que raras veces recibía por ellos 5 dólares, con Roberto, en cambio, en un buen día puede recibir entre 10 y 15 dólares. Ana no relaciona un determinado peso del material con el dinero que recibe” (diario de campo).

La palabra con la que describen las transacciones es el verbo dar. Dice, entonces, en este depósito me daban, o Roberto me da, como si se tratara de “dádivas” que dependen de la buena voluntad del comprador (Mauss, 1971; Bourdieu, 2000). Le sugiero a Ana que se consiga una balanza y que pese en ella los materiales que entrega, pero me señala que no es posible, que los compradores “se enojan”. Le pregunto a Ana que por qué se

deja robar y me contesta que de algún modo tienen los compradores que asegurarse sus ganancias. Como se puede notar en las transacciones entre las minadoras y los dueños de depósitos, no existen solamente relaciones de mercado, sino que recaen en lo que E.P. Thompson (1995) llamaría “economía moral” en la que las nociones de justo o injusto en las transacciones dependen de relaciones desiguales de poder entre los compradores y las minadoras, en esas relaciones la diversidad que deviene en desigualdad se torna fundamental. Ana, entonces, se conforma con lo que Roberto “le da” y Roberto aprovecha la situación de Ana: no tiene demasiadas alternativas para buscar otro comprador a lo que se añade su situación de mujer, pobre al frente de la responsabilidad de una familia necesitada de ingresos.

“Ana se ha mantenido minando por tanto tiempo porque ha sido una actividad, según sus propias palabras, “rentable”. Me contaba que con lo que ella ha ganado minando ha mantenido y educado a sus ocho hijos. Noté que Ana sentía cierta satisfacción al contármelo. Ana se había separado de su pareja cuando el menor de sus hijos tenía tan solo 3 años. “con mi trabajo en el reciclaje los eduqué”, me dijo. Además, había dos o tres señoras que le entregaban ropa usada y con ella los había vestido” (diario de campo).

Se observa que las lógicas económicas de Ana no son puramente mercantiles, se puede decir que recaen más bien en lógicas económicas de aprovisionamiento (Benería, 2006; Pérez Orozco 2006, Thompson, 2017), donde Ana permanece en la actividad del minado para obtener un ingreso monetario, pero también para proveer a su familia de otros bienes con valor de uso como la vestimenta.

“Mientras recorríamos las calles, Ana me enseñaba sobre los materiales, los que servían y los que no. Entonces pude darme cuenta que casi todos los materiales que yo reservaba para Ana y Andrea no le servían casi de nada. Las cajas de leche y los envases plásticos ni siquiera fueron entregados a Roberto. Según me explicaba Ana, solo recogen ese tipo de envases plastificados cuando pueden acceder a ellos en cantidades grandes, pues los precios son demasiado bajos. Y las cajas de leche son de cartón “dúplex” que tampoco se lo vende bien, pues al ser plastificados no son de mucho interés en la industria. En todo caso comprendí que el recorrido se lo hace buscando, sobre todo, botellas de agua o refrescos, papel y cartón” (diario de campo).

Para Ana los ingresos obtenidos de su actividad de minadora han sido suficientes para solventar las necesidades de alimentación y educación de sus numerosos hijos. Esta actividad también le ha permitido entablar relaciones con personas que le han proveído de vestido para su familia. La particular relación de Ana con el desecho, entonces, no solo le ha permitido obtener ingresos monetarios, sino objetos de uso necesarios para la crianza de sus hijos. Se trata, entonces, del despliegue de estrategias de sobrevivencia que le permita acceder a un umbral material mínimo indispensable para mantener su existencia tanto en lo individual como en lo familiar y social.

“Le pregunté a Ana por qué no se consiguió un trabajo más estable que el de minadora y me dijo que porque su esposo no la apoyaba, además con el reciclaje tenía para el diario. Le dije que en un trabajo estable podría recibir una remuneración mensual que la podría gastar poco a poco, pero insistía en que no había tenido

ningún apoyo. Le pregunté a qué se refería y me decía que ella sola había tenido que hacer todo, atender a sus hijos, estar pendiente de la escuela, etc., y un trabajo con horario no se lo permitía. Me contaba que ella siempre estuvo cerca de sus hijos en el trabajo, que en ese tiempo no había guarderías en donde poder dejarlos. Ana asume su trabajo de minado de manera muy positiva, pues le ha permitido poner por delante del trabajo remunerado las responsabilidades de aprovisionamiento de su familia” (diario de campo).

Los testimonios de las minadoras muestran la disyuntiva en la que se encuentran muchas mujeres que tienen que combinar el trabajo de cuidado con uno remunerado, en la que las responsabilidades de aprovisionamiento obligan a muchas mujeres a conformarse con trabajos mal remunerados a lo que se adiciona el no poder trabajar las horas suficientes para lograr mejores ingresos. La actividad del minado adquiere, entonces un marcado carácter femenino, sin embargo, aunque los hijos varones adultos ya no le ayuden a Ana a trabajar en el minado, esta actividad funciona para ellos como una especie de salvavidas.

“El hijo mayor de Ana que es albañil se quedó sin trabajo, por lo que durante estos meses ha tenido que dedicarse a minar junto con su esposa. Ana permite que ellos compartan el mismo territorio y los ayuda enseñándoles sobre los distintos tipos de materiales y los que vale la pena recolectar, además contacta a Roberto para que les compre el material. Al principio la nuera de Ana se mostraba insegura y no se sentía cómoda recogiendo el material. Según le dice a Ana tiene miedo de que “le hablen” los otros minadores a lo que Ana le responde que no se preocupe, que nadie tiene por qué hablarle, que la calle es de todos. Me quedó claro, entonces, que, en la familia de Ana, el minado era una cuestión de mujeres. Era la madre de Ana la que le enseñó el oficio del reciclaje. Ana vive del reciclaje y sus hijas y hermanas lo hacen eventualmente. Los hijos varones solo le ayudaban mientras estaban pequeños. Ahora mismo Ana tenía problemas para que su hijo menor la acompañara. Pude darme cuenta en la mirada, la sonrisa y la actitud del hijo mayor de Ana que la actividad de su madre no era algo serio para él, no era “un trabajo de verdad”, al que, sin embargo, tiene que acudir por necesidad” (diario de campo).

A través del minado se obtienen ingresos muy bajos, aunque relativamente seguros y rápidos, mediante los cuales se pueden afrontar las vicisitudes de la vida diaria en una clara dinámica de sobrevivencia, en la que se toma lo que hay y lo que se puede para, en condiciones de precariedad laboral, afrontar la incertidumbre acerca del acceso a los recursos que posibiliten la reproducción de la vida de los sujetos. Se puede observar, además, cómo se reproduce generacionalmente la desigualdad, pues esta actividad precarizada es heredada, sobre todo por las hijas de Ana, aunque eventualmente también por los hijos varones. Por otro lado, para la cadena de suministro, el minado aparece como una actividad familiar, que, sin embargo, escode las particulares relaciones desiguales de género. Los hijos varones la asumen como una actividad accesoria, irrelevante, buena solo en situación de emergencia, en definitiva, como una actividad de mujeres, aunque con el minado, ellos mismos hayan logrado sobrevivir.

“Ana, como muchas minadoras, despliega la actividad del reciclaje sobre la base de un trabajo familiar, constituido típicamente como una estrategia de sobrevivencia de las poblaciones empobrecidas en América Latina. Se acude al trabajo familiar

para completar los ingresos necesarios para la reproducción social. Cuando Ana está sola no sale a reciclar. La razón es que se necesita más de una persona para recorrer las calles recogiendo y cargando los materiales y al menos otra persona para “cuidar el puesto” en el que las cargas son depositadas. En varias ocasiones le ha pasado a Ana que estando sola, acopia materiales en algún punto y cuando regresa alguien más se los ha llevado. Generalmente es Andy, su hijo adolescente, quien cuida el puesto actualmente y es él quien va a la única imprenta que guarda material para Ana y se lo entrega de manera gratuita. Ana cuenta que anteriormente las imprentas regalaban los residuos de papel y cartón generados por su actividad, actualmente las imprentas venden sus residuos generalmente a pequeños negocios de acopio como el de Roberto, o a medianas empresas que asiduamente buscan el material” (diario de campo).

Este desplazamiento de las minadoras del acceso a los materiales residuales de las imprentas ha sido la consecuencia de un proceso continuado de modernización de la industria del reciclaje y que empezó alrededor de los años setenta del siglo pasado y que poco a poco ha incluido a más empresas que entran a producir objetos producidos con materiales reciclados, dinamizando la actividad y atrayendo a nuevos actores que configuran los eslabones intermedios de la cadena y que disputan el material para venderlo a las industrias.

“Ana se queda en el puesto unos minutos mientras Andy entra en la imprenta que queda cercana para separar y recoger el papel que ha de llevarse y dejar limpio y ordenado el local. El muchacho sale de la imprenta con un bulto que apenas puede cargar y lo deja en el puesto, luego empieza con el trabajo de separación del material. Separa el papel blanco del papel con tinta y del químico, estos tipos de papel tienen diferentes precios y Roberto les paga mejor si se lo entregan separado. Mientras Andy separa el papel, Ana realiza sus recorridos por el barrio. La falta de apoyo al realizar las actividades de minado puede ser un elemento que dificulte el trabajo y que incida fundamentalmente en los ingresos del día, tanto así que Ana prefiere no salir a trabajar cuando está sola, es un trabajo que necesita de niveles de cooperación. Además, el imprimir un trabajo adicional al de minado como la separación del material aumenta sus posibilidades de ingreso y para ello también se requiere de cooperación” (diario de campo).

En la actividad del minado en el sector del barrio América, no es muy decisivo para extraer los materiales, que un minador haya recorrido un área determinada, pues la basura de las viviendas y los negocios se deja en las veredas desde las cinco de la tarde y permanece allí hasta las diez de la noche cuando los camiones municipales empiezan a recolectarla. En ese lapso la gente puede sacar la basura en distintos momentos.

“Ana trabaja usualmente desde las seis hasta las nueve de la noche. A veces subiendo y bajando varias veces por las mismas calles se puede encontrar nuevas bolsas, algunas de ellas pueden ser verdaderas “minas”, como la que encontramos subiendo por segunda vez por la calle Río de Janeiro, a una cuadra del puesto, llena de botellas PET. Para Ana es cuestión de suerte tener un buen día o un mal día recogiendo el material. Cuando Ana no tiene “suerte”, entonces se conforma con las pingües remuneraciones que consigue. El riesgo de la actividad es asumido en su totalidad por Ana, quien sumisamente acepta las condiciones de su precario trabajo,

imprimiéndose a sí misma altos niveles de auto-explotación, muy convenientes para generar las de los otros eslabones de la cadena de suministro. Ana también relaciona el descenso de volumen de material extraído con el aumento del número de minadores que trabajan en el barrio. Ana tiene definida la territorialidad en la que despliega su actividad, se mueve entre la calle Nueva York y la calle América de este a oeste y la calle Habana y la Asunción de norte a sur. Esta territorialidad es disputada con otros minadores. Ana conoce a los minadores a los que ella considera legítimos en este territorio y los diferencia de los que no lo son” (diario de campo).

En algunas narraciones Ana cuenta que la defensa de ese territorio puede llegar a ser violenta. En ocasiones ha llegado a disputar el territorio a golpes con otras minadoras en circunstancias en las que ha tenido que mediar la policía. La mayoría de las veces, sin embargo, son reprimendas e insultos los instrumentos para marcar el territorio del reciclaje en el barrio. Con los minadores aceptados como legítimos, en cambio, puede observar relaciones de cordialidad e incluso de solidaridad, por ejemplo, cuando se ayudan a cargar los pesados bultos en las espaldas.

“En una ocasión cuando subíamos por la calle La Habana, vimos a lo lejos a una minadora con una gran carga en la espalda. “Ya se han bajado” exclamó Daniel, un nieto de Ana, refiriéndose a una mujer que estaba minando en un territorio que no era el suyo, pues era minadora del barrio San Juan. Ana comentó que, en contraste con esa mujer y a pesar de que en San Juan había bastante cartón, por no pelear no lo había recogido cuando bajaba desde su casa de camino al barrio América. Dejamos atrás a la invasora y seguimos nuestro camino. Defender su territorio es una de las estrategias de Ana para gestionar la competencia con otros “emprendedores” que como ella constituyen el eslabón base de la cadena del reciclaje. Ana asume de manera individual y familiar el riesgo que representa la competencia con otras minadoras” (diario de campo).

Al analizar cómo se construyen códigos de comportamiento frente a otras minadoras, se puede observar que el trabajo en el minado, aseguraría una rentabilidad mínima de la actividad, sin embargo es el despliegue de ciertos repertorios de violencia los que permiten a las minadoras, controlar de alguna manera los territorios, más lucrativos, en los que desarrollan su trabajo (Bourgois 2015). El territorio en el que Ana trabaja es definido no solamente por las ganancias generadas por la actividad, sino también por la seguridad.

“Ana no recorre por calles a las que considera inseguras. Lo hace únicamente hasta la calle Uruguay. Menciona que desde la calle América hasta El Ejido deambulan muchos indigentes, lo que según su percepción vuelven a la zona peligrosa. Sin embargo, me asegura que nunca ha experimentado sucesos delincuenciales lamentables mientras ha realizado su trabajo” (diario de campo).

Las bajas remuneraciones obtenidas por Ana en el minado la obligan a buscar otras alternativas. Ana no basa sus estrategias de sobrevivencia únicamente en el minado realizado en el barrio América donde trabaja los días lunes, miércoles y eventualmente los viernes. Ana trabaja también en un depósito de materiales reciclables en Chillogallo al sur de la ciudad a donde la dueña le llama a trabajar informalmente y solo en caso de necesitarla. Por la mañana, las dos mujeres recorren las imprentas en busca de papel.

Ana se encarga de cargar los bultos y arrojarlos al camión, por la tarde, clasifica el papel recolectado. Por ese día de trabajo recibe 10 dólares. Ana, por tanto, se involucra en la cadena de reciclaje como “empresadora” en el primer eslabón, recolectando de entre la basura los materiales reciclables y luego vendiéndolos a un depósito y también como mano de obra informal en el segundo eslabón, al trabajar en un depósito cargando y separando material. Si la mujer del depósito no la llama a trabajar, Ana busca otros barrios para minar, generalmente acude al barrio de la Vicentina los días martes.

“Los meses durante los que seguí a Ana en su trabajo fueron casi todos fríos y lluviosos, lo que dificulta el trabajo del reciclaje porque los compradores no aceptan material mojado. Le pregunté a Ana cómo se las arreglaba para ganar el dinero que necesita para vivir cuando en épocas como esta, de tanta lluvia, no puede salir a reciclar y tampoco le llama la señora del depósito. Ana me contestó que la chatarra que ella recoge en la calle como latas de cerveza u otros objetos metálicos se los lleva a casa para acumularlos. En caso de no tener trabajo vende poco a poco ese material. “Es como unos ahorros que yo tengo” me asegura. Cada vez que sale a vender la chatarra obtiene más o menos 5 dólares. Luego me aclara que el padre de Andy le pasa una cierta cantidad de dinero mensual que ella lo ocupa en comprar lo más esencial para la alimentación como arroz o papas. Con lo que ella obtiene del reciclaje solo compra los acompañados como carne o pollo, y le sirve para otras necesidades de ella y de su hijo. Ana además trabaja los sábados y domingos vendiendo papel higiénico en la entrada de los baños del cementerio de San Diego donde trabaja el padre de su último hijo. En el cementerio existen ocho baños, el administrador le dio a Ana y su hijo un puesto en uno de los baños y a su hija Andrea otro. La familia cuida los puestos celosamente, pues en un día de vender papel higiénico pueden hacerse diez dólares o más. Ana también utiliza los envases de las botellas PET de un litro, los corta y los vende como floreros para colocar las ofrendas a los difuntos a 25 centavos cada uno, con lo que tiene una entrada extra” (diario de campo).

Los ingresos de Ana pueden variar mucho de mes a mes, pues dependen de varios factores: el clima, la necesidad de trabajo en el depósito, la suerte para encontrar materiales en los recorridos por los barrios, en los que pululan otras minadoras y hasta la época del año, pues existen temporadas muy marcadas en las que se consumen y desechan más materiales reciclables, como navidad, año nuevo, días del padre y de la madre, etc. Sin embargo, la característica de las estrategias de sobrevivencia de Ana es la diversificación, pues si no recibe ingresos desde una de las fuentes, lo hace de otras.

“Le pregunté a Ana cuántos años ha trabajado en el minado. Me pidió que calculara, pues su primer hijo ya tiene 35 años. Le dije que entre 40 y 45 años, cálculo que lo hice pensando en las anteriores narraciones de sus inicios en el trabajo del minado. “Si ha de ser” me contestó. “Si yo salía con mi mamá desde que era guambra” me comenta. Le pregunté, entonces si no le habría gustado tener otro trabajo, uno con más garantías sociales. Ana, después de pensarlo un poco, me dijo que si habría sido bueno porque ella ahora ve como otros tienen seguro social y seguro médico, en cambio ella no tiene nada. “Cuando sea mayor me tocará vivir arrimada de mis hijos” me dijo. Ahora que han pasado los años para Ana, se da cuenta de la vulnerabilidad que representa no tener un seguro de pensiones que le permita afrontar sus años de vejez en los que sus facultades para trabajar se vean disminuidas. Tantos años de trabajar en el minado han afectado la salud de Ana. Lo que más le molesta son las

rodillas. Al ir al centro de salud la doctora le inyectó “neurobión”. La medicina le había hecho muy bien, pero para mejorarse completamente la doctora le recomendó que no camine mucho, que no suba gradas, que no alce cosas pesadas, etc., etc., lo que para Ana es imposible, pues ese es precisamente su trabajo: caminar y cargar. La doctora del centro de salud de Toctiuco atiende a Ana desde hace varios años, controla su salud y está pendiente de las vacunas que debe recibir por el riesgo que conlleva su trabajo. Cuando le pregunté a Ana si alguna vez se había cortado revisando las fundas de basura, me contestó que sí, pero que estaba vacunada de todo, que su doctora estaba pendiente, además, en muy pocas ocasiones Ana compra la medicina para ella o para su hijo, pues se le proporcionan en el centro de salud” (diario de campo).

Sin embargo, al parecer, por las narraciones de Ana, estas prolijas atenciones en el centro de salud del barrio, no corresponden a una política de Estado en relación a las minadoras, sino a una cordial relación personal de años con la doctora que allí trabaja. En todo caso las políticas de Estado de salud universal han significado para Ana un cierto grado de seguridad para afrontar las posibles afectaciones en su salud y la de su familia que, de otra manera, no podrían ser sorteadas debido a los bajos ingresos que sus estrategias de sobrevivencia le proveen. Sin embargo, esta relativa seguridad, no puede evitar para Ana el futuro de una vejez en enfermedad pues no puede dejar un trabajo que es el causante del paulatino y progresivo deterioro de su salud, así como tampoco puede evitar la desprotección social ante la ausencia de una pensión que le permita sortear con dignidad sus años de vejez.

La historia de Ana nos permite adentrarnos en las formas simbólicas y materiales que toma la actividad del minado. Se trata del trabajo de una mujer empobrecida en gran parte por el funcionamiento de una cadena de suministro que obtiene sus ganancias del trabajo precarizado. Para facilitar la incorporación de trabajadores en esas condiciones, la diversidad que devine en desigualdad se torna central, pues su identidad de mujer pobre, al frente de la responsabilidad de aprovisionamiento de su familia, establece la conformidad con la que asume las bajas remuneraciones obtenidas por su trabajo y todos los riesgos económicos y sociales que la actividad implica. En el caso de Ana, el minado es casi una tradición en su familia, su madre reciclaba, también lo hacen sus hijos y nietos, esta socialización permite la naturalización de una relación particular con el desecho, son personas que pueden abrir fundas de desperdicios de otros con sus manos desnudas para extraer de ellos aquello que consideran valioso de alguna manera, ya sea por su valor de uso o su valor de cambio. No todas las personas estarían dispuestas a realizar un trabajo de esa naturaleza. Ser mujer, pobre y dispuesta a trabajar entre la basura, son elementos no económicos de los que depende la cadena de suministro del reciclaje en la ciudad de Quito.

4. Resultados: Trabajar tocando, oliendo y metiendo las manos en el desecho

Trabajar con la basura perturba las identidades de estos sujetos quienes perciben con vergüenza el trabajo del reciclaje, en el plano simbólico, los sujetos son capaces de re-construir su identidad mediante la dignificación de su actividad a la que, llegan a asumir como trabajo. Tampoco en este estudio se problematiza el hecho de que los sujetos trabajan con desechos dentro de una estructura económica que los explota y precariza.

El trabajo de Álvarez (2011) hace un acercamiento crítico al proceso de recuperación

de basura desde la perspectiva de las relaciones sociales que implica. La basura, dice Álvarez, son aquellos materiales que los propietarios tiran cuando consideran que ya no tienen valor, pero desde la perspectiva de su posición social. Para sujetos ubicados en otra posición en la estructura social, “los materiales pueden conservar valor, tanto de uso, como de cambio, por lo que la estimación de su valor no es unitaria, pues depende de la posición de los sujetos en la estructura de clases de la sociedad” (Álvarez, 2011, p. 84). Para este autor el acto de recolectar materiales de la basura tirada por las otras clases sociales implica reproducir la diferencia de clases y la desigualdad social. Sin embargo, parece ser más importante para él, resaltar el hecho de que sujetos excluidos puedan apropiarse del valor que les resta a los objetos desechados por las otras clases sociales por fuera de relaciones capitalistas, llegando a hablar del “derecho a la recuperación de basura”. Para Álvarez, la actividad del reciclaje es una forma de luchar contra la propiedad, es una forma de resistencia en la que las personas sacan valor de la nada para sobrevivir. Este autor, al igual que los precedentes, sobredimensiona el plano simbólico y se queda en consideraciones acerca del valor social que se asigna a los objetos, ignorando lo que supone trabajar con la materialidad de la basura dentro de los nuevos regímenes de acumulación de capitalismo global que implican explotación y precarización del trabajo.

Al examinar las estructuras simbólicas como los materiales sobre las que se desarrolla la vida de las minadoras para comprender los entornos en los que ellas experimentan su ser, encontramos en la propuesta de Mary Douglas (1973) en la que se enfatiza el carácter simbólico de la suciedad asociada con el desecho:

“La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende el orden, su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno” (Douglas, 1973, p.17).

La perspectiva de que existe un orden simbólico que asigna un lugar a los objetos del mundo y a las personas relacionadas con ellos. En ese orden, la basura o el desecho están fuera y existen determinados sujetos, que para el caso de la ciudad de Quito son mayoritariamente mujeres pobres, que han de lidiar con ese desorden. Las estructuras simbólicas que intentan resignificar y dignificar el trabajo de las minadoras mediante el reciclaje inclusivo, se armonizan con las nuevas modalidades de explotación del trabajo en el capitalismo contemporáneo, estableciéndose así, los entornos de la vida cotidiana de las minadoras. Sin embargo, a pesar de que estos entornos se presentan abrumadores, de que las minadoras deben intentar adaptarse a ellos de la mejor manera posible para poder sobrevivir, mediante las narrativas de sus experiencias ellas intentan dar un sentido a sus vidas más allá de las constricciones impuestas por el mundo en el que les ha tocado vivir (Scott 1992; Jackson 2005; Barquet, 1994).

Existe un problema cuando se piensa que esas experiencias son vividas por individuos dados, por sujetos cognoscentes que en su vida cotidiana observan los eventos o que reaccionan ante influencias externas. Estas posiciones no se preguntan sobre cómo se producen las concepciones del yo de los sujetos y de sus identidades, sino que hacen de los individuos el punto de partida del conocimiento, “naturalizando categorías como hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, etc., en suma, no se preguntan acerca de los

procesos de constitución de los sujetos” (Scott, 1992, p. 27). La experiencia para Scott, en cambio, es el proceso por el cual la subjetividad de los seres sociales es construida.

Este proceso implica la posición que el mismo individuo se asigne o que sea asignada por otros dentro del espacio social. A partir de esa posición, “el sujeto percibe y entiende como subjetivas las relaciones materiales, económicas o interpersonales que son de hecho sociales e históricas” (Scott, 1992, p.28). Analizar la experiencia, por lo tanto, implica enfocarse en los procesos de producción de la identidad y requiere reconocer su carácter discursivo.

El diario vivir en el mundo de las cosas transcurre en medio de la continua lucha por hacer que la vida humana valga la pena ser vivida. La lucha por el ser de las minadoras, como de muchas trabajadoras y trabajadores alrededor del planeta, se desarrolla en un entorno económico, social y cultural cada vez más inhóspito, en el que la moderna promesa de que el trabajo garantizaría una vida digna queda lejana, ajena a una cotidianidad marcada por la precariedad (Segato, 2003).

La lucha por el ser de las minadoras, ese esfuerzo realizado en cada narración por dar significado a sus acciones y a sus palabras para considerar que su paso por este mundo tiene algún sentido, en medio de una actividad que supone manipular, imbuirse, trabajar con aquello que ha perdido sentido y se ha transformado en desecho, ocurre también entre las minadoras que, en algún momento de su vida, ya en su etapa adulta, aceptaron tener que trabajar entre la basura. Su pelea existencial se relaciona a que en distintas circunstancias se vieron avocadas a trabajar con el desecho. Estas mujeres luchan por dar sentido a sus vidas bajo rígidas estructuras que condicionan su existencia, vinculadas a explotación y violencia (Perelman, 2011). Para las minadoras, sin embargo, trabajar con el desecho es un reto adicional, pues deben aceptarlo, darles algún significado para evitar que éste contamine los sentidos de su propio yo, pues sus vidas no son desecho, al contrario, son un cúmulo de experiencias de seres que luchan por vivirla de la mejor manera.

Referencias

- Álvarez, R (2011). El derecho a la recuperación de basura desde una perspectiva crítica. En Schamber y Suárez, ed. *Recicloscopio II*. Prov. Buenos Aires: Ediciones de la UNLa.
- Antunes, R (2013). The meanings of work: Essay on the affirmation and negation of work. Second edition. *Historical materialism book series* [43]. Chicago, IL: Haymarket Books.
- Barquet, M (1994). Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres. En Javier Alatorre, Gloria Careaga, Clara Jusidman, et al. (Ed.) *Las mujeres en la pobreza*, México: Colegio de México.
- Benería, L (2006). Trabajo productivo/ reproductivo, pobreza y políticas de conciliación. *Nómadas* (24), 8-21.
- Bourdieu, P (2000). *Poder, derecho y clases sociales*. España: Desclee De Brouwer.
- Bourgois, P (2015). En busca de respeto: Vendiendo crack en Harlem. 2ª ed. *Sociología y política*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Calafate, F (2013). *Countercycling: An Ethnographic Study of Waste, Recycling, and Waste-Pickers in Curitiba, Brazil*. Tesis doctoral, University of London.
- Dimarco, S (2013). Trabajo, desarrollo y clasificación de residuos: transformaciones en el último medio siglo. *Estudios Sociológicos* (enero-abril, 2013): 203-28.
- Douglas, M (1973). *Pureza y Peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*.

- Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Finnström, S (2008) *Living with bad surroundings: War, History, and Everyday Moments in Northern Uganda*. Duke University Press
- Gago, V (2015). *La Razón Neoliberal*. Buenos Aires: Traficantes de Sueños.
- Hammersley, M y Atkinson P (2007). *Ethnography: Principles in practice*. 3ª ed. Londres: Routledge.
- Harvey, D (2012). *La Condición de la Posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Madrid: Amorrortu editores.
- Jackson, M (2005). *Existential anthropology: Events, exigencies, and effects*. New York: Berghahn.
- Jackson, M (2013). *The Politics of Storytelling: Variations on a Theme by Hannah Arendt*. 2ª ed. Copenhagen: Museum Tusulanum Press.
- Kilanski, K y Auyero J (2015). Introduction. En Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes (Eds.). *Violence at the urban Margins*, Oxford University Press.
- Mauss, M (1971). *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Míguez, P (2008). Las transformaciones recientes de los procesos de trabajo: desde la automatización hasta la revolución informática. *Trabajo y Sociedad* (11). <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad>.
- Millar, K (2018). *Reclaiming the discarded: Life and labor on Rio's garbage dump*. London: Duke University Press.
- Perelman, M (2011). Vergüenza y dignidad: resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas. En *Schamber y Suárez* 2011.
- Rosero, M (23 de octubre 2014). El barrio América es otro nexo del Quito antiguo y el moderno. *El Comercio*. <https://www.elcomercio.com/actualidad/quito-barrios-historia-modernidad.html>.
- Schamber, P (2008). *De los Desechos a las Mercancías: Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Scott, J C (1985). *Weapons of the weak: Everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, J (1992). Experience. En Judith Butler y Joan Scott (Eds.). *Feminists Theorize the Political*. Londres: Routledge.
- Segato, R (2003). *Las Estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Thompson, E (1995). *Costumbres en Común*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, M (2017). *Rubbish Theory: The Creation and Destruction of Value*. Londres: Pluto Press.
- Tsing, A (2009). Supply Chains and the Human Condition. *Rethinking Marxism*, 148–76.
- Vara, M (2006). Empleo femenino en las cadenas de producción global. En María J. Vara (Ed.). *Estudios sobre género y economía*, pp. 63–82. Tres Cantos (Madrid): Akal.